

Un ladrón tiene mucho de mago. Yo soy rápido con las manos. Y puedo hacer desaparecer cosas. Pero un día se me ocurrió robarle al mago su locus magicalicus y el que estuvo a punto de desaparecer para siempre fui yo. Ocurrió en Crepúsculo, una noche oscura como el interior del saco de un ladrón. Las calles estaban desiertas. Una neblina tiznada de hollín se elevaba desde el río y las sombras hacían eco en las callejuelas. A mi alrededor, la ciudad parecía hueca y vacía, desolada y muerta.

Mis pies descalzos resbalaban sobre los adoquines, bañados por la lluvia de la tarde. Mal día para mis rápidas manos rateras. Todavía no había conseguido afanarme la cena ni una moneda de cobre con que comprarla. Mi barriga gruñía de hambre. Habría probado en otro lugar, pero el Underlord tenía una orden de busca y captura contra mí, y sus secuaces no dudarían en molerme a palos si me encontraban. Sin bajar la guardia, me adentré en un callejón.

Ya era tarde. Empezó a llover otra vez. No era una lluvia fuerte, pero sí fría, de esas que te calan hasta los huesos y te hacen tiritar. Una buena noche para las anguilas mortificantes. Me acurruqué en mi escondite y pensé en cenas calientes.

Fue entonces cuando lo oí. Paso paso tac. Paso paso tac. Me oculté en las sombras del callejón y esperé. Se fue acercando. Un anciano, pensé. Un viejo achacoso con barba y capa, en-corvado sobre un bastón, subiendo por la empinada calle y farfullando algo para sí. Su bolsa, decidí, pagaría mi cena, aun-que él todavía no lo supiera.

Convertido en un soplo de aire, una sombra de movimientos ligeros como plumas y manos rápidas, me acerqué por detrás como un fantasma, deslicé una mano en el bolsillo de su capa, agarré lo que encontré y me esfumé. Sin dejar rastro.

O eso creía. Ajeno a lo sucedido, el anciano siguió su camino; yo regresé a mi callejón y abrí la mano para ver el fruto de mi esfuerzo.

Incluso en las sombras, lo que acababa de robar era más oscuro que la propia oscuridad, y, aunque pequeña, una piedra no más grande que el puño de un bebé, pesaba más que el co-razón de un hombre camino de la horca. Era un objeto mágico. La locus magicalicus del mago. Mientras la contemplaba, la fantástica piedra empezó a brillar. Suavemente al principio, como un rescoldo rojo y candente en una chimenea en invierno. Luego estalló un intenso relámpago y una luz poderosa y deslumbrante inundó el callejón, haciendo que las sombras, cual gatos negros, huyeran despavoridas.

Oí regresar al mago. Paso paso tac. Paso paso tac. Cerré rápidamente la mano y guardé la piedra en las profundidades de mi bolsillo. El callejón quedó nuevamente a oscuras. Mientras me daba la vuelta, pestañeando para sacudirme el resplandor de los ojos, el anciano apareció bamboleándose por la esquina con su bastón, alargó una mano imponente y me agarró por el hombro.

—Vaya, vaya, muchacho —dijo. Su voz era fuerte y grave.

No me moví. Reconozco el peligro cuando me tiene atrapado.

El viejo me clavó una mirada penetrante. Silencio durante un largo y tenebroso instante. En mi bolsillo, pesada y caliente, la piedra. Al cabo, dijo:

—Pareces hambriento.

Lo estaba, la verdad. Asentí despacio.

—En ese caso, te invito a cenar. ¿Chuletas de cerdo, patatas, tarta?

Tragué saliva. La cabeza me estaba diciendo que no era una buena idea. El viejo era mago, como dos y dos son cuatro, ¿y qué clase de idiota se sienta a cenar con un mago?

Pero la barriga, vacía desde el día anterior, me estaba diciendo más alto aún que quería chuletas de cerdo y patatas con pimienta y tarta. Me pidió que asintiera y eso hice.

—Bien —dijo el viejo mago—. La posada de la esquina aún está abierta. —Me soltó y echó a andar calle abajo. Le se-guí—. Me llamo Nevery —dijo—. ¿Y tú?

Desvelarle tu nombre a un mago no es, por lo general, una buena idea. No contesté. Me limité a caminar a su lado. El mago parecía estar mirando al frente, hacia la posada de la esquina, pero advertí que sus ojos penetrantes me estaban ob-servando por debajo del ala de su sombrero.

La posada estaba iluminada únicamente por un fuego de carbón que ardía en la chimenea y, aparte del posadero, no había nadie más.

—Cena —ordenó el mago, y alzó dos dedos.

El posadero asintió y fue a buscar la comida. Nos sentamos a una mesa, yo con la espalda apoyada contra la pared y Nevery bloqueándome el camino hacia la puerta.

—Vaya, vaya, muchacho —dijo mientras se quitaba el sombrero. Con la luz del fuego, vi que tenía los ojos negros y el pelo, la barba y las cejas plateadas. Debajo de la capa de color gris oscuro llevaba unos pantalones, una levita con el cuello de terciopelo y un chaleco con bordados, todo de co-lor negro y un poco gastado, como si en otros tiempos hubiera tenido más dinero. Apoyó su bastón de puño dorado contra la mesa—. Una noche fría y húmeda para los viaje-ros, ¿no crees?

Una noche fría y húmeda para cualquiera, pensé. Asentí una vez más.

Me miró. Le miré.

—Sin embargo, te veo bien —declaró, como hablando para sí—. No percibo efectos adversos.

¿Efectos adversos? ¿De qué estaba hablando?

—Todavía no me has dicho tu nombre —prosiguió.

Y tampoco tenía la menor intención de hacerlo. Me enco-gí de hombros.

Nevery abrió la boca para decir algo más cuando el posa-dero llegó con nuestra comida y nos plantó delante dos enormes platos.

Las chuletas de cerdo estaban crujientes y aromáticas; las patatas, con sus brillantes lomos marrones salpicados de pimienta negra, nadaban en mantequilla. El posadero regresó poco después con una tarta cubierta de moras y espolvoreada con azúcar. El mago dijo algo, pero no le oí. Empuñé el tenedor y corté una patata. La dejé en remojo unos segundos antes de darle un gran bocado.

—Decía —repitió el mago, mirándome fijamente— que es probable que mi locus magicalicus te mate de un momento a otro. Me sorprende que no lo haya hecho ya.

Tragué saliva. El trozo de patata resbaló por mi garganta como una bola de plomo y oí el eco cuando aterrizó en mi vacío estómago.

¿Matarme, había dicho? ¿La piedra locus iba a matarme? Me llevé la mano al bolsillo. Entonces me vi sacar la piedra. Sobre mi palma, parecía un trocito de noche con contornos suaves.

Parpadeé y la piedra empezó a crecer, y de repente mi mano estaba cubierta por una masa oscura y pesada. El fuego de la chimenea tembló y se apagó.

A lo lejos, oí gritar al posadero. El mago agarró su bastón y se levantó de un salto.

En mis manos, el calor de la piedra se transformó en hielo. Siguió creciendo y, pese a mis esfuerzos por soltarla, ella se negaba a abandonarme. El gélido peso creció y se

expandió hasta envolverme por completo y sumergirme en un negro abismo donde el viento me clavaba agujas de hielo y rugía con una voz que me retumbaba en los huesos.

Escudriñé la densa oscuridad.

En ese momento, el mago Nevery apareció ante mí.

—¡Dime tu nombre! —gritó.

Negué con la cabeza. El viento aullaba y me tiraba del pelo y la ropa con sus gélidos dedos.

Nevery volvió a gritar; me costaba oír su voz por encima del viento.

—¡Si no me dices tu nombre ahora mismo, mentecato, no podré salvarte!

El viento soplaba con furia a mi alrededor. De la piedra brotó un aire helado que me alcanzó con sus fríos dedos y tiró de mí. Apartándolos de un manotazo, aullé mi nombre.

—¡Connwaer!

En la lejanía oí la voz fuerte y grave de Nevery gritar mi nombre junto con otras palabras, un conjuro mágico. A continuación noté que su mano, tibia y firme, se posaba en la mía y cogía la piedra.

El viento cesó, el aire se caldeó y se hizo el silencio.

Cuando, transcurrido un rato, abrí los ojos, estaba tendido en el suelo de madera de la posada, con el fuego ardiendo en la chimenea y Nevery sentado a la mesa, engullendo el último bocado de tarta. Se limpió la boca con una servilleta y se reclinó en su silla, bajando la vista hacia mí.

Ni rastro de la piedra.

—Vaya, vaya, muchacho —dijo con la mirada chispeante—. Mi locus magicalicus habría debido matarte en cuanto posaste tus ladronzuelos dedos en ella, pero no lo hizo. Y como no estás muerto, me interesas.

Pestañeeé y, temblando, me levanté del suelo. En la mesa me esperaba mi plato de chuletas de cerdo con patatas. Y la tarta de moras espolvoreada con azúcar. Podría haber echado a correr en ese mismo instante. El viejo no habría podido impedírmelo. Una veloz carrera hasta la puerta y luego a volar por las calles oscuras y empinadas de Wellmet. Pero no lo hice. Porque le interesaba al mago.

El caso es que yo, con mis rápidas manos, soy un buen ladrón. Pero como aprendiz de mago, sería aún mejor.

Llegué a esta horrible ciudad al caer la noche. Varios guardias intentaron arrestarme. La cárcel, si me cogen. Usé conjuro Remirrimmer para eludirlos. Les obligué a retroceder hasta Crepúsculo, al oeste del río. Peligroso lugar.

Largo suplicio, mi destierro de Wellmet. Viajando sin cesar, mi libro de magia extraviado, mi magia debilitada. Solo he vuelto por carta de Brumbee.

Querido Nevery:

Sé que cuando abandonaste Wellmet juraste que nunca volverías, pero algo terrible está sucediendo aquí. Hemos observado los niveles mágicos y hemos descubierto algo sumamente preocupante: el nivel de magia de Wellmet está bajando. Lleva años haciéndolo, pero últimamente ha descendido de manera brusca y alarmante, y los maestros no logramos dar con la causa.

La duquesa, naturalmente, se niega a cooperar.

Tienes que regresar y ayudar a la ciudad en este momento de necesidad. Por favor, no le digas a nadie que te he escrito.

Nevery, no sé qué hacer. Tienes que ayudarnos. Muy atentamente, maestro Brumbee, director de la Academia de Wellmet, & c.